

¿PARA QUÉ SIRVE EL LATÍN?

Se puede comenzar a formular un proyecto didáctico, en el caso en que se tenga bien clara delante de uno la meta a la que se quiere llegar al término del proceso. Esta meta está condicionada naturalmente por la cuestión fundamental relativa a la utilidad de la disciplina cuyo estudio se emprende, o, mejor aún, a por qué se debe estudiar una determinada materia. En el caso del latín se ha abierto una *vexata quaestio* que ha visto poner sobre la mesa las justificaciones más inverosímiles. Ya antes hemos analizado algunas; otras *tritae opiniones* son aquellas que quieren que el latín sea un ejercicio de lógica, una gimnasia mental, que mejora la comprensión del propio idioma, de la gramática, facilita el aprendizaje de las lenguas romances, surte de conocimientos históricos, contribuye a la adquisición de métodos y principios, es imprescindible para leer los tesoros de la literatura latina clásica, que es la base de nuestra civilización. Todos, unos más, otros menos, resultan motivos más bien válidos, aunque ninguno por sí solo puede constituir la razón de la persistencia de una enseñanza que en los institutos italianos ocupa unas 4 o 5 horas semanales de clase.

Raramente, y jamás desde las sedes institucionales, se escucha formular la que resulta la explicación más obvia: al latín se le ha reservado un puesto entre las materias estudiadas en nuestros institutos, no sólo por la prestancia de su literatura clásica: subrayaba Mandruzzato oportunamente cómo “*hay que envidiar a los griegos modernos e incluso, en otro sentido, a los judíos y a los indios, cuyas lenguas madre son más generosas en dones. Séneca no es Platón, Horacio no es Píndaro, Virgilio no es Homero (...). Pero el latín va más allá; su imperio político ha creado también un imperio cultural muy superior al griego; durante un milenio y medio el latín ha sido, de las dos, la primera de las lenguas de la cultura y por suerte se pueden leer pensadores y científicos de los siglos más recientes en un latín universal que resulta para nosotros sin comparación más accesible que para un finlandés o un alemán*”¹⁷. Este es el verdadero motivo: quien no conoce el latín queda excluido de casi toda la transmisión cultural europea en el curso de los siglos en todos los campos, desde el derecho a la filosofía, de la medicina a la física, de las ciencias naturales a la teología. De la mayor parte de las obras escritas en un latín vivo en cuanto a léxico y fraseología, “muerto”, es decir fijado para siempre en las formas gramaticales de la tradición clásica, en cuanto a morfosintaxis¹⁸, no existe traducción alguna; y quien ignora la lengua universal que, precisamente en sus estructuras inmutables, daba garantía de eternidad y permitía la institución de una *respublica litteraria* en la que se podía dialogar al menos por escrito sincrónica y diacrónicamente rompiendo los estrechos diques del propio tiempo y los apretados confines de la propia nación¹⁹; quien ignora esa lengua, decíamos, está condenado a no conocer jamás las raíces profundas de cualquier campo de que se ocupe.

Por otro lado, en el caso de que existieran incluso versiones en lenguas modernas de la inmensa producción medio y neolatina, quien se acercara a ella a través de las traducciones, me parecería semejante a aquel que, no disponiendo de la llave de un cofre que encerrase tesoros valiosos, se conformara con ver su contenido en fotografía; así como los partidarios, incluso a nivel ministerial, del estudio de la literatura latina y griega en traducciones no consiguen que no me acuerde del personaje de una famosa cancioncilla napolitana de Libero Bovio, el cual, no teniendo dinero suficiente, sostenía que iba todos los días al famoso restaurante *Giuseppone a Mare*, no para comer, sino

para respirar sus aromas. Luigi Miraglia, Texto entresacado de “CÓMO (NO) SE ENSEÑA EL LATÍN”²⁰ Publicado en *Micromega* 5* (1996)
(Traducción del italiano por el prof. José Hernández Vizuete.)